

Los que estuvieron junto a la cruz

Mateo 27; Marcos 15;

Lucas 23; Juan 19

*«Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena»
(Juan 19.25b).*

Estudie la Biblia con reverencia y honestidad. Trate de armar las piezas en un conjunto y vea la totalidad del cuadro que ella presenta de cada episodio divino. Sea diligente. ¡Limpie su corazón de todo prejuicio! Deje que Dios le diga qué creer. No trate de hacer que la Biblia diga lo que ella no ha dicho.

El juicio que nos formemos de los personajes bíblicos es más un juicio de nosotros mismos que de ellos. Nosotros mismos nos vemos en cada uno de ellos. Hallaremos que son grandes enseñanzas las que provienen de personas que estuvieron junto a la cruz. Son igualmente grandes las enseñanzas que provienen de personas que *no* estuvieron junto a la cruz. Mantenga sus ojos completamente abiertos. Las preguntas no respondidas no son tan peligrosas como las respuestas a preguntas que Dios no hace.

ALGUNOS QUE NO ESTUVIERON

Judas. Judas no estuvo junto a la cruz. ¡Su historia es la peor de todas las historias humanas! Dios no piensa, ni actúa como el hombre. Nadie demuestra esto mejor que Judas. La sola mención de su nombre hace que suban y bajen escalofríos por toda la columna.

Algunos insinúan que Dios desechó a Judas y que por esta razón traicionó a Jesús. Esto denigra a Dios. Dios no hace mal uso de las personas ni comete abusos en contra de ellas. ¡Hay interpretaciones recientes de esta historia que asignan a Judas una noble causa! Dicen que «hizo lo que hizo porque estaba pensando en una gran causa». ¡Esto no puede ser! Jesús eligió a Judas, Judas eligió a Jesús, y luego Judas eligió traicionar a Jesús.

Jesús permitió que Judas se le acercara, y que incluso lo besara (Lucas 22.47–48). Durante todo el arresto, Jesús estuvo diciéndole de varias maneras: «No lo hagas, corre, Judas, corre».

La única conclusión que podemos sacar de esto es que Judas fue un hipócrita con éxito. Los demás discípulos lo habrían detenido si hubieran entendido lo que estaba a punto de hacer. No conocían su corazón por su apariencia externa. No tenía cuernos ni tridente. Jesús sabía que Judas había permitido que el diablo entrara en su corazón y lo llamó «el hijo de perdición» (Juan 17.12). Juan 12.4–6 dice que Judas, el tesorero en quien se confiaba, era un ladrón y había robado de la bolsa del dinero de los apóstoles.

Satanás «entró» en Judas (Lucas 22.3; Juan 13.27). Un hombre que está hecho para Dios, si él lo permite, puede ser usado por Satanás. Jesús dijo a Judas cuando este avanzaba hacia su terrible obra que «actuara rápidamente» (Juan 13.26–30). Como discípulo, fue desleal a su maestro. Traicionó a Jesús por tan solo unos pocos dólares.

Pocos hombres fueron tan bendecidos como Judas. Estuvo con Jesús durante tres años. Tuvo privilegios especiales, sin embargo, no acertó a beneficiarse de ellos. No podía aprender, no podía reconocer el error; no podía arrepentirse. Para decirlo sin rodeos, Judas no podía aceptar la gracia de Jesús. Judas tuvo remordimiento producto del orgullo; no tuvo arrepentimiento por la gracia.

Ningún hombre recibió jamás tanta advertencia como Judas. Meses antes de la traición, Jesús dijo: «¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?» (Juan 6.70). Judas puede haber creído que él podía ser perdonado, pero que no había manera de que se le pudiera restaurar como apóstol. Pudo haberse dicho a sí mismo: «Mis hermanos jamás podrían perdonarme y recibirme después de esto». Judas tuvo más miedo de la vida que de la muerte. Cometió suicidio, una solución permanente para un problema temporal. Si Jesús no pudo salvar a todos los que estaban cerca de Él, ¡tampoco podremos nosotros!

Los demás apóstoles. A once de los doce no se les ve junto a la cruz. Judas se había suicidado, y diez no se hicieron presentes. Solamente Juan se quedó durante todo el proceso... sin embargo, no tenemos ningún registro de que dijera algo junto a la cruz. ¡Jesús se merecía un mejor comportamiento! ¿Nos hubiéramos comportado mejor nosotros?

A pesar de que no se hicieron presentes junto a la cruz, Jesús todavía perdonó y usó a los apóstoles. ¡Esto nos da esperanza! Los apóstoles sencillamente huyeron (Mateo 26.56; Marcos 14.50; vea Zacarías 13.7). ¡La fe cree que Dios sabe lo que hace! ¿Fue demasiado la cruz para los apóstoles? ¿Los vencieron el dolor y la angustia? La Biblia no pone énfasis en el sufrimiento que Jesús soportó.

Pone énfasis en el valor de la sangre, en la muerte para nuestra salvación, y en la resurrección.

María, Marta y Lázaro. No se menciona específicamente a estos tres como habiendo estado junto la cruz, ni en el sepulcro, ni en el aposento alto (vea, por ejemplo, Mateo 27.55–56, 61; Marcos 15.40, 47; Lucas 23.49, 55; 24.10; Juan 19.25; Hechos 1.13–14). No se les enumera en Hechos ni en las epístolas.¹ Estas fueron las personas con quienes Jesús pasó Sus últimos días. Él los amaba (Juan 11.5).

Muchas veces, es en sus seres queridos en quienes uno menos influencia tiene, y en aquellos a quienes uno dedica el mayor esfuerzo. ¿Será que estos tres ya habían sido heridos más de la cuenta (Juan 11.1–44)? Se ha hecho notar que la resurrección de Lázaro precipitó la crucifixión de Jesús. ¿Acaso creían que sus vidas corrían peligro si se quedaban al pie de la cruz? ¿Acaso era demasiado arriesgado para ellos quedarse con Jesús?

Otros. ¿Estuvieron allí los hermanos de sangre de Jesús? Estos estuvieron en el aposento alto en Hechos 1, pero no estuvieron al lado de su madre junto a la cruz. Juan sí estuvo, pero ellos no (Juan 19.25–27).

¿Estuvo allí Barrabás? Podríamos llamarlo terrorista (Marcos 15.7; Lucas 23.18, 19). Pilato se asombró de que los judíos eligieron liberar a Barrabás antes que a Jesús (Mateo 27.15–23; Marcos 15.6–14; Lucas 23.17–23). ¿Qué cree usted que debía haber hecho Barrabás?

¿Y qué de las muchas personas a quienes Jesús sanó? ¿Estuvieron allí? ¿Estaban demasiado apenadas o demasiado avergonzadas para hacerse presente?

¹ Las epístolas son los veintiún libros del Nuevo Testamento que fueron escritos originalmente como cartas para cristianos. Ellas contienen valiosas enseñanzas sobre cómo vivir la vida cristiana.

ALGUNOS QUE SÍ ESTUVIERON

Simón de Cirene. Cuando la humanidad de Jesús falló, Simón estaba allí. Jesús ya no podía seguir llevando Su cruz, por lo tanto la procesión hacia el Gólgota fue interrumpida (Mateo 27.32; Marcos 15.21; Lucas 23.26).

Por lo general tratamos de evitar las interrupciones. Algunas pueden ser dolorosas. A menudo pensamos: «Después de esta interrupción, podemos volver a la vida». ¡No, no es así! La vida no consiste sino de interrupciones. Los evangelios nos hablan acerca de muchas interrupciones que hubo en la vida de Cristo. En esta ocasión, la vida de Simón también fue interrumpida.

A Simón se le dijo que llevara la cruz de Jesús. ¡He aquí la providencia de Dios! Este hombre había viajado cientos de kilómetros en la peregrinación religiosa de toda una vida. De repente, se le mandó que llevara la cruz de un prisionero.

Marcos insertó una interesante nota parentética. Simón, dijo él, era el padre de Alejandro y Rufo (Marcos 15.21). Puede haber sido el padre del Rufo que Pablo mencionó en Romanos 16.13, pero no podemos estar seguros.

Simón no tenía idea de que todavía sería conocido en la actualidad, cuando ya han pasado dos mil años. Cuales hayan sido sus pensamientos y sus motivos, su nombre quedará registrado para siempre en la Biblia y en la historia. Tenemos con Simón una deuda de gratitud por llevar la cruz cuando Jesús apenas podía estar en pie. La parte de la cruz que Simón llevó fue el travesaño. Gracias, Simón. Dios siempre bendice a los que ayudan a Su Hijo.

Las mujeres. Mujeres compasivas, llenas de pesadumbre (Lucas 23.27–31) lloraron por Jesús cuando Este se dirigía hacia el Gólgota. Jesús les hizo una aterradora

revelación. Pronto habían de llorar por sí mismas. Jerusalén crucificó a Jesús, pero Dios permitiría que esta ciudad fuera destruida por los conquistadores romanos (67–70 d. C.).

Las mujeres estaban allí. No salieron corriendo. Se preocuparon. Miraron con profundos sentimientos y emoción. Más adelante, las mujeres ayudaron con la sepultura de Jesús y observaron el sepulcro de Este (Mateo 27.55–61; Marcos 15.40–47; Lucas 23.49–56). ¡Que Dios bendiga a las buenas mujeres que aman a Jesús!

María, la madre de Jesús, estuvo en pie llena de tristeza junto a la cruz. No nos sorprende que ella estuvo allí. De todas las personas, ¿quién estará con uno, pase lo que pase? ¡La mamá de uno! Los amigos como Pedro niegan y se dispersan, ¡pero las buenas madres siempre estarán allí! Jesús no podía suspender Su cruz; María no podía abandonar a su hijo. No entendía completamente lo que Él estaba haciendo, pero estaba al pie de la cruz.

Toda muchacha judía oraba por ser la madre del Mesías. María debió de haberse llenado de emoción de que Dios la escogió para dar a luz y criar a Su Hijo (Lucas 1.26–38). A ella también debió de haberle intimidado el reto. ¡Este era el unigénito Hijo de Dios! ¿Cómo fue la experiencia de criarlo? María pagó un altísimo precio por ser la madre de Jesús. Simeón el profeta había dicho: «... una espada traspasará tu misma alma» (Lucas 2.35). Solo una madre puede empezar a tener una idea de cómo se sintió María. María pagó amorosamente el precio de criar a Jesús. El discipulado también nos costará. Nosotros, también, debemos estar dispuestos a pagar el precio.

¿Podremos tener una idea remota de cómo fue vivir en la casa con Jesús? Es más fácil dar cabida a Su deidad que a Su humanidad. Humanamente hablando, podría-

mos creer que Jesús habría sido un estudiante que solo sacaba «la más alta calificación» en sus estudios, una estrella de atletismo, el joven que habría sido elegido como «el más probablemente exitoso». María debe de haberse preguntado: «¿Qué clase de persona llegará a ser este niño?» (vea Lucas 1.66). ¡Qué gran experiencia debió de haber tenido al criarlo!

¿Cuál es la lección aquí? En asuntos espirituales, la familia física no cuenta. Dios no se parcializa (Hechos 10.34). No se tocó fanfarria por la familia de Jesús. ¡María, los hermanos de Jesús, y las hermanas de Este, tuvieron que obedecer el evangelio como los demás lo hicieron! Tu vieron que convertirse en seguidores de Cristo como todos los demás lo hacen, y ellos lo hicieron. Estuvieron presentes en la sesión de oración que se realizó antes que se predicara el primer sermón del evangelio (Hechos 1.13–14). José, el padre adoptivo, fue fiel en lo que se le pidió que hiciera. María fue fiel a su Hijo y, más adelante, a la iglesia de Este.

En los corazones de la gente de hoy, a María o se le hace desaparecer o se le deifica. Ambos puntos de vista son erróneos. Ella no recibió una posición privilegiada divina, pero fue grandemente bienaventurada (vea Lucas 11.27–28): ¡Su Hijo llegó a ser el Salvador de ella! (Vea Hechos 1.14.) Después del libro de los Hechos, María no vuelve a aparecer en las Escrituras.

Otras mujeres que amaban a Jesús estuvieron junto a la cruz. María Magdalena estuvo allí. Jesús, después de Su resurrección, apareció primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios (Marcos 16.9; Lucas 8.2). Hubo una tercera María, la madre de Jacobo y de José (Marcos 15.40). También, Salomé, la madre de Jacobo y de Juan, estuvo allí, como también estuvo Juana (Lucas 24.10).

Las mujeres de Galilea (Mateo 27.55; Marcos 15.40–41; Lucas 23.49, 55) estuvieron allí y se mantuvieron cerca de la cruz. Las mujeres fueron las últimas en retirarse de la cruz, y las primeras en presentarse en el sepulcro. ¡Alabado sea Dios por las mujeres!

El ladrón en la cruz. Lea Lucas 23.39–43. El ladrón nos fascina. No hay nada que exponga más nuestra forma de pensar como este ladrón. ¿Estaremos dispuestos a pensar y a ser intelectualmente honestos?

El ladrón fue salvo. Jesús murió *con* los pecadores y *para* los pecadores. Mientras anduvo sobre la tierra, Él tenía potestad para perdonar pecados (Mateo 9.4–6; Marcos 2.8–11; Lucas 5.22–24). Él estaba muriendo, pero no estaba muerto; y dio salvación a este hombre.

Algunos reclaman, diciendo: «El ladrón era demasiado malo, había caído demasiado hondo, era demasiado tarde y estaba demasiado lejos». ¡No le digamos a Dios cómo administrar Su gracia! ¡No le digamos a Jesús a quién puede salvar! ¿Por qué tratar de hacer que siga perdido un pecador? Solo piense: ¡El día más grande en la vida de este ladrón, fue el día de su crucifixión!

«Pero él no hizo nada», dirá usted. Oh, ¡pero sí hizo! Él aprovechó el momento. Hizo lo que podía. Confesó a Jesús como Señor. Reprendió al ladrón no arrepentido. Fue la única persona que defendió a Cristo en la cruz.

«Fue salvado sin bautizarse», dirá usted. ¡Tal vez sí, tal vez no! Las circunstancias sugieren que el ladrón *pudo* haber sido bautizado. «Toda Judea» obedeció el bautismo de Juan el Bautista (Mateo 3.4–6; Marcos 1.4–5). Fue la gente religiosa la que rechazó tanto a Juan como el bautismo de este (Lucas 7.29–30). Los publicanos y las ramera, en cambio, sí recibieron el bautismo de Juan. Jesús y Sus apóstoles, más adelante, estaban bautizando más gente

que Juan (Juan 4.1–2). No ponga en juego la salvación de su alma con base en un ladrón que pudo no haber sido bautizado. Jamás saque una conclusión eterna a partir de una suposición que no puede resolverse por revelación.

El ladrón murió bajo la ley de Moisés, pero nosotros vivimos bajo la ley de Cristo (Gálatas 6.2). Cuando el ladrón murió, Jesús no había resucitado de entre los muertos; Él no había dado Su Gran Comisión (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15, 16). En ese momento, el Espíritu Santo no había venido; a la gente no se le había mandado bautizarse para hacerse cristianos. La iglesia no había sido establecida. (Esto sucedió en el día de Pentecostés; vea Hechos 2). ¡Nadie puede ser salvo hoy del modo que lo fue el ladrón!

Cuando sufría una severa humillación y un terrible dolor, el ladrón tuvo los mejores pensamientos. Reprendió al otro ladrón por blasfemar. Confesó la culpa de los dos. Defendió a Jesús. Usó «discurso del reino». Hasta cierto punto, tuvo un vislumbre de la resurrección. Tanto el ladrón como Jesús estaban muriendo. Solo un gran milagro o una resurrección podían brindarle esperanza futura alguna. No trató de manipular a Jesús, como sí hizo el otro ladrón. Al no poder decir nada en su defensa, se refugió en «la misericordia del tribunal». En modo alguno autoriza esto la «salvación en el lecho de muerte». El ladrón confesó su fe en Jesús y, aquel que merecía ir al infierno, fue al cielo. La cruz clamó al ladrón como también clama a nosotros: «¡La vida no es vana... el fracaso no es letal... la muerte no es el fin!».

Las multitudes. Los mirones pasaban, observando y ridiculizando a los que estaban siendo crucificados (Mateo 26.65–68; 27.47–49; Marcos 14.65; 15.29–36). Las cruces hacían salir lo inhumano que había en el hombre.

Para los espectadores, aquello era una diversión, un horrible y sangriento juego. Se fomentaban experimentos. «Desciende...»; «¡No te muevas...»; «Dadle algún vinagre barato...»; «¡Tal vez venga Elías!». ¡Qué espectáculo! Hoy el mundo está lleno de manifestantes. ¿Dónde estaban los manifestantes cuando se necesitaban? La multitud había clamado, diciendo: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mateo 27.25). ¡Qué precio más terrible a pagar por aquel veredicto de culpabilidad!

Los enemigos. Con orgullo, estos decían: «¡Con esto se arregló el asunto!». No obstante, venía el domingo. Se habían tendido su propia trampa. Después de la resurrección, el cristianismo irrumpió por todo el mundo. El judaísmo bíblico llegó a su fin. Jerusalén fue saqueada en el 70 d. C. ¿Cuál fue la lección? Sencillamente esta: Nadie puede pelear contra Dios y ganar.

Los soldados romanos. Los soldados pusieron vestiduras de rey a Jesús y después tuvieron una fiesta en la que se burlaron (Mateo 20.17–19; 27.27–31; Marcos 10.32–34; 15.16–20; Lucas 18.31–34; 23.11; Juan 19.1–5). Jesús fue golpeado severamente. Los soldados echaron suertes sobres sus vestiduras (Mateo 27.35; Marcos 15.24; Juan 19.23–24). Esto hizo más ofensivo el insulto. No obstante, un centurión romano observaba fijamente. Vio que Jesús era diferente. Esta fue su conclusión: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mateo 27.54; vea Marcos 15.39; Lucas 23.47).

José de Arimatea y Nicodemo. José de Arimatea y Nicodemo tuvieron la audacia de pedir el cuerpo de Cristo (Mateo 27.57–61; Marcos 15.42–47; Lucas 23.50–56; Juan 19.38–42). Los apreciamos, porque ellos sepultaron a Jesús.

Demasiadas personas piensan de la manera que

pensaron estos dos hombres. Demasiadas personas solo desean servir a Dios en calidad de asesores. ¡Dos hombres que podían haber hecho tanto, hicieron tan poco! Ellos solo pidieron el cuerpo muerto de un hombre en quien habían creído secretamente cuando estaba vivo. Jesús pide nuestras vidas; ¡a veces nosotros solo estamos dispuestos a perfumar su cuerpo! No se nos dice qué llegó a pasar con José y Nicodemo. Para la acción de ellos fue necesario armarse de valor, pero se necesita verdadera valentía para confesar a Jesús, hacer de Jesús lo que Él es: Señor.

Hay quienes hacen más por una causa perdida que por una esperanza viva. Es más fácil enterrar a los muertos que obedecer al Señor que vive.

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados